

# BALANCE DEL PARTIDO CONSERVADOR Y COMPLEJO DE CULPA DE ALGUNOS JOVENES CONSERVADORES

DIEGO MANUEL CHAMORRO

En la entrevista de prensa del Presidente de la República en que se refirió al discurso del Dr. Fernando Agüero, pronunciado en la enorme concentración con que fue recibido a su regreso de Estados Unidos y otros países, hizo notar que el Presidente nacional del Partido Conservador no se refirió a ese partido en su discurso, añadiendo que sin duda no lo hizo porque no quería cargar con la "ignominia" del conservatismo.

La concentración que recibió al doctor Agüero, aunque básicamente conservadora, tenía un notorio carácter de expresión nacional, razón, sin duda, por la que el jefe conservador no quiso dar una nota de partidismo. Por otra parte, como ya lo he hecho notar en otras ocasiones, es característica del Partido Conservador el sentido nacionalista de su misión política de tal manera que jamás se ha oído a ningún presidente conservador, en los documentos públicos o Mensajes al Congreso Nacional, hablar de su partido asociado al concepto del gobierno como constantemente acostumbran hacerlo los gobernantes liberales. Al gobierno nacional se refieren los documentos públicos emanados de los gobernantes conservadores. El gobierno liberal expresa, en cambio, los emanados de los gobernantes liberales.

Ese fenómeno no es más que una expresión, quizá un tanto subconsciente, de la sicología conservadora de tendencia nacional y de la sicología liberal de tendencia marcadamente estatista, que en su actual desorbitación se ha convertido en totalitarismo. Quizá subconscientemente el liberalismo tiende a identificar al Partido con el Estado cuando ocupa el poder y así tratar de imponer sus fiestas partidistas como fiestas nacionales. Mientras que el conservatismo nunca trató de hacer fiesta nacional de sus propias fiestas partidistas.

A eso se debe sin duda que el Dr. Agüero, haya hablado desde la cúspide de una jefatura que rebasa los lindes de su propio partido, como símbolo popular indudable de la oposición al régimen, sin hacer hincapié en su propio partido. Pero el doctor Agüero, durante el curso de su campaña, no ha escatimado oportunidad para hacer una afirmación conservadora, esforzándose en redefinir al Partido de que es Presidente frente a los grandes problemas de nuestra época.

Sin embargo, es preciso reconocerlo, existe en sectores juveniles del Partido Conservador una especie de complejo de culpa sobre la actuación pasada del partido, particularmente por lo que hace a su política exterior americanista, complejo de culpa que se origina en una persistente propaganda de su adversario histórico, el Par-

tido Liberal, y recogida e intensificada actualmente por su adversario natural, el marxismo comunista.

Resabio de esa difamación al conservatismo es la expresión del Presidente de la República que resulta notoriamente extemporánea en su boca puesto que el partido en que se originó, que es el suyo, se ha visto precisado, al asumir las responsabilidades del gobierno, a hacer notorias rectificaciones en el sentido de seguir la línea de la política fundamental del Partido Conservador. En política exterior, por ejemplo: no solo siguieron la línea americanista todos los gobiernos liberales desde Moncada hasta Somoza, incluyendo el del propio don Luis, sino que se extralimitaron al constitucionalizar el detestado Tratado Chamorro-Bryan en la Constitución de 1939 con el agravante de que a la constitucionalización le dieron el carácter de cercenamiento de la soberanía nacional. Dice así, en efecto, el artículo pertinente: "Arto. 6—La soberanía y el territorio son indivisibles e inalienables. "Sin embargo", podrán celebrarse tratados que tiendan a la unión con una o varias repúblicas de la América Central; "o que tengan por objeto la construcción, saneamiento, operación y defensa de un canal interoceánico a través del territorio nacional".

Cuando ese artículo fue propuesto en la Asamblea Nacional Constituyente de la que formé parte como miembro del grupo del Dr. Carlos Cuadra Pasos, me opuse a dicho artículo basado en la tesis de un jurista español según la cual las cuestiones internacionales no deben formar parte del derecho constitucional, del derecho íntimo, pues éstas siempre deben ser objeto de concesiones recíprocas y nunca de concesiones gratuitas y unilaterales.

Pero es de la cuestión del complejo de culpa que en algunos sectores juveniles del Partido Conservador ha logrado crear primero, la vieja propaganda liberal de que el concepto del Presidente es un eco tardío, y luego la propaganda comunista, de lo que quiero ocuparme primordialmente en este artículo.

Cuando en septiembre de 1958 se dió un homenaje a la directiva saliente de la Juventud Conservadora presidida por el Licenciado Reynaldo Antonio Téfel Vélez por su notable labor desarrollada durante su ejercicio en el proceso de renovación del Partido iniciado por esa entidad y que tan fecunda culminación tuvo al entregarse los destinos del conservatismo a la actual directiva joven presidida por el Dr. Fernando Agüero, se pronunciaron varios discursos sobre el problema de las generaciones en los partidos y en los países y sobre el sentido de legado

que la entrega de los destinos del Partido Conservador a la juventud tenía y la responsabilidad de ese legado.

Ese concepto fue expresado por mí en el discurso que pronuncié en los siguientes términos: "En realidad, jóvenes conservadores, este homenaje significa la transmisión de un legado que os hacen las generaciones anteriores que a su vez no solo debéis preservar, sino transmitir, enriquecido por vuestra propia actuación, a las generaciones que os han de seguir, en esa sucesión de las generaciones en el tiempo, en determinado espacio que es, al fin de cuentas, la patria, tierra de nuestros padres, legado que se os entrega, no como simples administradores inertes, sino para que lo cultivéis con posesión amorosa según la fórmula de ese genial espíritu del conservatismo universal, Goethe, cuando dijo: ¡lo que heredastes de tus antepasados, conquistalo para poseerlo!"

Ese movimiento de Juventud Conservadora que está culminando en la actual pujanza renovadora del conservatismo nació, como dije en aquel entonces, del genio político de sus fundadores, genio político que permitió a los jóvenes conservadores comprender que solamente enraizada en la tradición del Partido Conservador podía ser fecundo el movimiento renovador que alentaba en la juventud nicaragüense de ideas sanas, justamente insatisfecha de las viejas formas políticas desprovistas de vitalidad ideológica.

Confirmación impresionante de ese genio político es el fracaso que el movimiento de la misma índole, pero fuera del partido y contra el partido, constituido por la UNAP, sufrió no obstante el vigor intelectual de su pensamiento, el genio organizador de sus cuadros directivos y la notoria simpatía popular que despertó. El Licenciado Reynaldo Antonio Téfel, actual Presidente del Partido Conservador de Managua, uno de sus fundadores y más activos e inteligentes animadores, explicó así el motivo del fracaso: "El movimiento de UNAP, dijo en una exposición en el Congreso de Partidos de índole Social Cristiana, celebrado en Caracas, no pudo prosperar en proselitismo, aunque sí en simpatía, porque la masa del pueblo permanecía impermeable, asida férreamente a los partidos tradicionales".

Permítase un recuerdo personal acerca de ese movimiento de UNAP. Visitaba yo frecuentemente al Dr. Pedro Joaquín Chamorro cuando se encontraba detenido con su casa por cárcel después del fracasado movimiento revolucionario de Abril de 1954 y muchas veces me encontré allí con el grueso de la dirigencia de UNAP del que el Dr. Chamorro formaba parte y les decía, basado en mi propia experiencia, que su movimiento no podía ir a ninguna parte porque carecía del instrumento indispensable para poder actuar en la democracia: el partido y que éste no se podía crear artificialmente ni destruir a los grandes partidos históricos, sino quizá en muchas generaciones, pues ni aun en los Estados Unidos, no obstante su gran madurez política, nunca habían podido prosperar los terceros partidos ni aun aquellos dirigidos por grandes personalidades. Su única posibilidad de influir en el destino del país y hacer predominar su ideología que no está en pugna con el conservatismo es integrarse en el Partido Conservador y renovarlo, les decía. Algunos de los jóvenes asistentes a esas tertulias, precisamente procedentes de familias conservadoras, me objetaron violentamente que eso era imposible porque el

Partido Conservador era un partido corrompido. ¡El complejo de culpa asomaba la oreja como consecuencia de la persistente propaganda de los enemigos del conservatismo que veían en él el más fuerte valladar a sus propósitos y trataban de destruirlo por medio de la difamación dentro de una táctica clásicamente marxista! Todo partido tiene necesariamente que tener defectos, los defectos de la misma humanidad que es su componente, pero Uds., les dije, lo que quieren es formar un partido de ángeles, lo cual solo podría servir para ganar el cielo pero nunca el poder político.

En resumidas cuentas después de esas tertulias, al encontrarse con las realidades, el movimiento unapista acabó por disolverse y dos de los elementos más valiosos, el Dr. Emilio Álvarez Montalván y el Licenciado Reynaldo Antonio Téfel, ingresaron al Partido Conservador donde han alcanzado destacadas e influyentes posiciones en el proceso de renovación que tan gran florecimiento ha alcanzado y en cuyos cuadros directivos se destacan por su notable madurez política y por su magnífico vigor intelectual e ideológico. Otro sector de UNAP, conservando la línea del purismo o angelismo, constituyó el nuevo Partido Social Cristiano Nicaragüense que acaba de retirarse del Frente Opositor Nacional precisamente por el temor de contaminarse con el contacto de partidos impuros. Y otros de sus más valiosos elementos, finalmente, han permanecido actuando como individualidades muy destacadas, por cierto, en la política nacional sin afiliarse ni constituir ningún partido, como los doctores Pedro Joaquín Chamorro y Francisco Frixione.

Es importante hacer notar de paso que el ingreso al Partido Conservador de esos valiosísimos elementos del disuelto movimiento de UNAP se pudo realizar sin renunciamentos ideológicos ni abdicaciones intelectuales porque el conservatismo, como lo he dicho en otras ocasiones, debe a la circunstancia de no ser una construcción doctrinal de dogmas concretos, como el liberalismo, sino más bien una dialéctica basada en principios muy generales de carácter universal y eterno, no solo su perdurabilidad en el tiempo y en el espacio, sino su gran poder de asimilación de las nuevas corrientes que las circunstancias contingenciales de cada época histórica y de las condiciones de la vida moderna van haciendo necesarias incorporarlas al acervo cultural, político y social de la nación, al acervo de la civilización, en suma.

Pero esta digresión nos lleva de nuevo al tema central del complejo de culpa que como dije asomó primero en la reacción de algunos jóvenes de UNAP, precisamente de origen conservador, y que existe efectivamente en algunos de los elementos jóvenes del Partido Conservador actual, no hay que negarlo.

Fue precisamente teniendo en cuenta esa posibilidad que en el mencionado discurso que pronuncié en el homenaje a los líderes de Juventud Conservadora en los momentos de entregárselos el legado del Partido, les expuse, con franqueza, el concepto de que el legado que se les entregaba tenían que recibirlo sin beneficio de inventario, con todos los acervos y deficiencias que constituyen las responsabilidades históricas del Partido Conservador, pues sería una actitud poco elegante, dije, y signo más bien de debilidad y cobardía rehuir esas responsabilidades históricas lo que lejos de proporcionarles una ventaja redundaría más bien en desventaja para la

juventud que se vería así desenraizada...de su tradición, al romper con el propio pasado por medio de una solución de continuidad sin tener en cuenta el concepto de un gran escritor francés, Etienne Rey, cuando dijo que "la llegada de los jóvenes nunca es tan bien venida como cuando significa el retorno triunfal de los muertos", retorno, habría que agregar, con todas sus virtudes y defectos.

En la expresada ocasión manifesté con franqueza que si bien era cierto que el factor humano en la historia del conservatismo nicaragüense algunas veces había sufrido desviaciones y cometido yerros y algunos de los miembros del Partido habían aun cometido crímenes en el fragor de las pasiones desatadas, jamás estos habían sido exaltados como virtudes y sí más bien habían merecido la execración del Partido mismo, sin rehuir y dejar de cargar por ello con la responsabilidad correspondiente, el balance final no podía menos que reconocerse como inmensamente favorable si se estudiaba con honrada objetividad la actuación pública del Partido.

El balance, tal como lo resumé entonces en grandes líneas es el siguiente:

La obra del Partido Conservador ha sido eminentemente civilizadora, constructiva y patriótica, digan lo que digan sus difamadores de antaño y de hoy. Fundador de la República sobre las bases inmutables de la alternabilidad en el poder del Presidente y del predominio del poder civil y del orden jurídico sobre la dictadura militar, jamás ha traicionado esas esencias de nuestro sistema republicano.

Por el contrario ha luchado constantemente por ellas recurriendo hasta al derecho de insurrección cuando la dictadura ha cerrado toda otra puerta a la defensa de las libertades públicas y de los derechos humanos; y si en esas ocasiones se han mostrado enérgico en la lucha y ha puesto pasión en el fragor del combate, siempre se ha mostrado moderado en el poder en tiempos de paz, renunciando a la venganza y respetando escrupulosamente los derechos humanos y las garantías constitucionales.

Limpias de sangre y de peculado han estado siempre las manos de sus gobernantes. Perdidas sus fortunas en la lucha contra la dictadura del General Zelaya, empobrecidos a fuerza de contribuciones, multas exorbitantes, saqueos de sus establecimientos comerciales y negocios y destrucción deliberada de sus propiedades por la persecución política, no aprovecharon jamás el ejercicio del poder, no digamos para adquirir una fortuna que nunca habían tenido, sino que ni siquiera lo aprovecharon para resarcirse de lo que el poder arbitrario les había arrebatado.

La pureza administrativa, la austeridad en los gastos públicos, permitió a los gobiernos conservadores, en medio de grandes sacrificios, reconstruir la economía nacional, valorizar y estabilizar la moneda, como medida de justicia social más que como puramente económica, crear el Banco Nacional, renovar completamente la vía férrea del Ferrocarril nacional y todo su material rodante, todo ello valiéndose de empréstitos negociados en honestas condiciones, dígame lo que se diga por los difamadores del Partido, y administrados con escrupulosa honradez de manera que la obra realizada mediante ellos, estaba en pie y en condiciones florecientes cuando el Partido entregó el poder a su adversario histórico sin legarle un solo centavo de deuda a título de esos empréstitos.

Y ahora que se está contemplando la solución del angustioso problema de la tierra, vale la pena recordar la recuperación que hizo el Partido Conservador de enormes extensiones de nuestras mejores tierras dadas en concesiones por el régimen liberal a compañías extranjeras, todas ellas anuladas, la mayoría sin pago de indemnizaciones y algunas con indemnizaciones muy moderadas, por medio de la Comisión Mixta de Reclamaciones.

Y la mayor obra civilizadora del Partido Conservador fue devolver a la Iglesia Católica sus derechos espirituales y sus libertades en forma tal que esa obra civilizadora ha tenido que ser respetada por los gobiernos liberales que le sucedieron.

En el campo de la cultura allí están como monumentos de imperecedero testimonio, los colegios fundados para la formación de maestros como el Instituto Pedagógico de Managua que está por celebrar su cincuentenario y en donde se educaban con beca, que incluía no solo educación sino alimentación en el internado y libros, becas que eran distribuidas sin discriminación política. Todo ese florecimiento de Colegios privados religiosos, la mayoría de ellos fundados durante el ejercicio del poder de los gobiernos conservadores es obra de la política educacional del Partido Conservador de apoyo a la iniciativa privada, sistema que se han visto obligados a conservar los gobiernos liberales que les sucedieron no obstante su dogmática laicista. Otra prueba de la influencia civilizadora del Partido Conservador.

Por lo que hace a la política internacional, campo en que la difamación ha contribuido más que nada a crear el complejo de culpa en algunos elementos de la juventud conservadora, el Partido Conservador no trajo la intervención, sino que se vió precisada a sufrirla desde su iniciación al tener que someterse a los términos que siempre se imponen al vencido al negociarse la reanudación de relaciones después de su ruptura, como lo ha demostrado, con apoyo en documentos de la época, el Dr. Carlos Cuadra Pasos en su notable disertación sobre la intervención en el seno de la Academia Nicaragüense de la Lengua, publicada en un número anterior de esta misma revista cuya lectura sería muy provechosa para los jóvenes conservadores que no lo hayan leído.

De lo que el Partido Conservador debe gloriarse, más bien es de haber contribuido a convertir esa dura intervención, en política amistosa y de benéficos resultados para el país, gracias a la habilidad política y diplomática de sus estadistas y a su gran visión que los hizo comprender que ante la realidad del poderío incontestable de los Estados Unidos, en vez de antagonizarlos y provocar por medio de una política de hostilidad estéril, una intensificación de los resortes de la intervención en mayor detrimento de nuestra soberanía, había que mostrarse amistosos con el gran poder y dispuestos a cooperar con él en todo aquello que significara la defensa de los intereses comunes, para lograr así el respeto de su soberanía al sembrar en su ánimo la semilla de la confianza. Ese concepto de la confianza que se consideraba como compromiso de los Estados Unidos para respetar nuestra soberanía fue expuesto por el Presidente don Adolfo Díaz en el discurso que pronunció el 6 de Marzo de 1912 en un banquete ofrecido al Secretario de Estado Knox en los siguientes términos:

"Esa amistad sincera entre el poderoso y el débil es en ambos meritoria. En el uno por el altruismo, en el

otro por la confianza. Si, señor, confianza ilimitada en la moral ya probada del Gobierno Americano, y confianza mayor aun en el pueblo de esa nación que en toda circunstancia sería el primero y más enérgico defensor de la justicia de los débiles aun contra su propio gobernante".

Prueba evidente y de incalculable trascendencia de que la política internacional del Partido Conservador nunca fue intervencionista es el hecho de que cuando el Secretario de Estado Knox visitó Nicaragua, fue debido al planteamiento que le hizo el Presidente del Congreso Nacional al ser recibido en su seno que el alto funcionario norteamericano se vió precisado a hacer una trascendental declaración de política internacional de repercusión continental.

En su contestación al discurso del estadista conservador, el Secretario de Estado Knox hizo la siguiente declaración de política latinoamericana:

"Noto, Señor Presidente, dijo el alto funcionario norteamericano en su discurso de contestación, lo que ha dicho Ud. sobre la existencia de aprehensiones que hay aquí y otras de las repúblicas latinoamericana acerca de las verdaderas intenciones de los Estados Unidos hacia ellas, en relación con la Doctrina de Monroe. Puede asegurar a Ud. y estoy seguro de que lo que yo digo tiene la debida aprobación del pueblo y del Presidente de los Estados Unidos, "que mi Gobierno no desea ni una pulgada de territorio más acá del Río Bravo. El justo límite de nuestra política es ayudar al mantenimiento de las instituciones republicanas en este hemisferio, y estamos ansiosos de que la experiencia del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no sea una utopía en ninguna república de este Continente".

Esa política conservadora con los Estados Unidos basada en la confianza, que como la nobleza, obliga a respetar la soberanía del débil, evitando provocar con una política de intemperancia impotente, el abuso del poderoso, y dando su cooperación a los intereses continentales comunes demostró tal previsión, produjo tales frutos y significó tal visión que hoy en día se ha convertido en política continental de solidaridad que sirve de base al sistema interamericano de asistencia recíproca y de defensa común del continente.

Ese sistema americano que rige las relaciones internacionales de todos los pueblos de América, dentro de los lineamientos de un nuevo derecho internacional regional, fue previsto con profética visión por uno de los estadistas conservadores como resultado preciso de esa política de confianza en los Estados Unidos y de mutua cooperación para la defensa del continente. Ese estadista fue don Diego Manuel Chamorro quien fue el Ministro que dirigió la política internacional del Partido como Ministro de Relaciones Exteriores que tuvo su máxima expresión en el Tratado Chamorro-Bryan. Hablando precisamente de ese tratado en un discurso en Nueva York en 1918, cuando ocupaba el cargo de Ministro de Nicaragua en Washington, un cuarto de siglo antes de la creación del actual sistema de solidaridad americana, dijo estos proféticos conceptos:

"En los momentos mismos en que estallaba el horrendo conflicto (la primera guerra mundial), el 4 de Agosto de 1914, mi patria, desoyendo los clamores egoístas

de los que se imaginaban que en esta portentosa época de avance y movimiento del mundo hacia los grandes ideales de humanidad, podían tener algún valor o sentido las palabras de aislamiento y neutralidad, y en previsión de graves emergencias, que la clara visión de los políticos podía ya vislumbrar y que los acontecimientos del día siguiente vinieron a hacer perceptibles, no sin haber antes desdoblado las artificiosas propuestas de Alemania, firmó con los Estados Unidos, el Tratado Chamorro-Bryan, de mutua cooperación, "que encierra, en sustancia, la norma que habrá de regir a las naciones en un próximo futuro, y que, no por tratarse de un país pequeño como Nicaragua, representa menos" EL PRINCIPIO CARDINAL EN QUE HA DE DESCANSAR EL DERECHO INTERNACIONAL DEL PORVENIR". He ahí el sistema de asistencia recíproca de Río de Janeiro previsto con extraordinaria visión profética por el estadista conservador que dirigió la política de su partido de mutua cooperación, amistad y confianza en los Estados Unidos.

El Tratado Chamorro-Bryan, por otra parte, lejos de significar una cuestión aislada, consecuencia de una intervención brutal, está dentro de una política tradicional de Nicaragua. Es en sus cláusulas igual a una serie de tratados de la misma índole suscritos por diferentes gobiernos de ambos partidos, inspirados todos, invariablemente, en el mismo espíritu de cordialidad y de íntimo acercamiento a los Estados Unidos.

Estos tratados son los siguientes:

El Zavala-Frelynguysen, celebrado en 1884, por el ilustre expresidente General don Joaquín Zavala, durante el Gobierno del esclarecido gobernante conservador Dr. Adán Cárdenas, en la forma de una alianza perpetua entre los dos países que en el fondo equivale al Tratado Chamorro-Bryan, de mutua cooperación. En él se cede a perpetuidad la faja de tierra para la construcción del canal.

El Hay-Corea, firmado en 1900 bajo la dictadura del General Zelaya, concede igual que el Tratado Chamorro-Bryan una opción para la construcción del canal expresa y claramente, a perpetuidad y por la misma suma de tres millones. Pero hace más; cede de una vez en arriendo perpetuo una zona para la construcción del canal de tres millas de ancho a cada lado y una legua marítima a la entrada del Canal, todo por la suma de cien mil dólares anuales que comenzarían a pagarse una vez que hubiese sido entregada dicha faja al Gobierno Americano.

El Sánchez-Merry, celebrado en 1901 durante la misma dictadura del General Zelaya, que hace igualmente una concesión exclusiva de canal en los mismos términos y en el mismo carácter de perpetuidad que el anterior y por la suma redonda de seis millones.

En grandes líneas, todo lo expuesto es el balance de la actuación pública del Partido Conservador, particularmente en su última etapa de mando, que es la que ha sido más difamada. No hay en ese balance nada que pueda avergonzar a las nuevas generaciones. Es necesario, en consecuencia que esas jóvenes generaciones mediten sobre esas realidades para librarse de ese complejo de culpa que la propaganda y la táctica difamatoria han tratado de crear en ellas.